

Y como dijese Dionisia que se iría al día siguiente:

—No... Así lo creéis vos, pero yo sé lo contrario. ¡Caramba! Ahora que tengo yo un niño teneis que hacerme nombrar segunda... Baugé cuenta con ello...

Paulina sonreía con aire convencido; entregó las seis camisas y al oír á Juan que iban á los pañuelos, llamó á una auxiliar para que llevase las camisas y el abrigo. La auxiliar no era otra que la señorita de Fontenailles, casada con José hacía poco. Había obtenido por favor aquel humilde puesto y llevaba blusa azul con una cifra de lana roja en el hombro.

—Seguid á la señorita—la dijo Paulina.

Y añadió volviéndose á Dionisia en voz baja:

—¿Quedamos en que seré segunda encargada?

Dionisia lo prometió riendo y bromeando. Bajó con Juan, Pepé y la auxiliar. En la planta baja llegaron á la lencería; un trozo de galería cubierto enteramente de muleton y franela blanca. Lienard, á quien en vano llamaba su padre desde Angers, hablaba con el hermoso Mignot, hecho corredor y presentándose sin escrúpulo en *La Dicha*. Hablaban sin duda de Dionisia, porque callaron al verla, para saludarla apresurados. Á medida que avanzaba á través de las secciones, los dependientes la saludaban en la duda de lo que podría ser al día siguiente. Se cuchicheaba; parecía que tenía el aire de triunfo, y los apostadores arriesgaron en su favor un almuerzo con vino de Argenteuil. Entró en la lencería para buscar los pañuelos y vió el desfile de la seccion: en el algodón, los madapolanes, los piqué, los percales; en el hilo, las muselinas, los nankins, y luégo las piezas grandes, apiladas como enormes piedras sillares, de lino crudo, retortas y lencería fina; se subdividían en secciones: en una, lencería casera, de mesa; en otra, lencería para servicio de altar. Por todas partes, modelos innumerables de servilletas, de almohadones, de manteles. Seguían los saludos al paso de Dionisia, y Baugé se adelantó para sonreírle como á reina de la casa. Despues de atravesar la seccion de colchas que parecían enormes banderas, entró en la de pañuelos, cuyo decorado ingenioso obligaba á detenerse. Todo era allí columnas blancas, pirámides blancas, castillos blancos... Arquitectura complicada hecha de pañuelos de linon, batista, seda, bordados guarnecidos de encaje, todo un pueblo hecho con ladrillos blancos que se recortaban sobre un cielo oriental.

—¿Dices que necesitas una docena?—preguntó Dionisia á su hermano.—¿Los quieres de Cholet, verdad?

—Sí... iguales á éste—contestó Juan enseñando uno de los del paquete.

Juan y Pepé no se apartaban de ella, ceñidos á su hermana como el día que llegaron á París. Aquellos vastos almacenes, que eran para ella como su casa, les turbaban y se ponían instintivamente bajo la proteccion de su *mamáita*. Todos la miraban pasar entre aquellos dos buenos mozos; Juan azorado con su barba, Pepé como perdido en su blusa; los tres igualmente rubios, de un rubio que se comentaba.

—Son sus hermanos... sus hermanos...

Buscando andaba Dionisia un dependiente cuando tuvo un encuentro. Mouret y Bourdoncle entraban en la galería; el primero se detuvo ante la jóven sin hablarla, cuando pasaban las señoras Desforges y Guibal. Enriqueta reprimió un estremecimiento y miró á Mouret y Dionisia. Éstos la miraron tambien, y fué aquello como el fin y desenlace de aquel drama de amor: una mirada cambiada entre la multitud. Mouret se alejó, mientras Dionisia hacía otro tanto por opuesto lado con sus hermanos en busca de un dependiente desocupado. Entónces vió Enriqueta á la señorita de Fontenailles con su cifra en el hombro, y se desahogó diciendo con irritacion á la de Guibal:

—Ved qué han hecho de esa infeliz... ¿No es atroz esto? ¡Una marquesa siguiendo como un perro á criaturas sacadas por él del fango del arroyo!

Trató de reponerse y añadió con afectada indiferencia:

—Vamos á las sederías.

La seccion de éstas era como una alcoba nupcial, tendida de blanco por un capricho de enamorado. Todos los tonos del cuerpo querido estaban representados: desde el aterciopelado de las caderas, hasta el sedoso de la garganta. Sobre las piezas de terciopelo, adosadas á las columnas, se destacaban las sedas y los satenes con un blanco metálico. Caían en arcos las sicilianas de grano grueso, los *foulards* y los *surahs*, desde el blanco mate de una noruega rubia al blanco trasparente, pero tostado, de una española.

Favier estaba midiendo *foulard* blanco para aquella rubia elegante, parroquiana de la seccion, á la que los dependientes llamaban la «hermosa rubia.» Hacía años que iba, sin que supiesen

ni su vida, ni su nombre siquiera. Nadie trataba de averiguarlo, aunque se hacían conjeturas por pasar el tiempo, tal como si estaba más gruesa ó más delgada, si parecía haber dormido bien ó mal, y cada incidente de su vida ignorada se comentaba sin conocerlo. Aquel día parecía muy contenta, y cuando volvió de acompañarla á la caja, comunicó sus reflexiones á Hutin.

— Tal vez se vuelva á casar.

— ¿Pero es viuda? — preguntó Hutin.

— No lo sé... pero ya recordarás la vez que vino de luto... Á ménos que haya ganado dinero en la Bolsa.

Hubo una pausa y añadió:

— ¡Si pudiese tutearse á todas las mujeres que vienen aquí!

Hutin se quedó pensativo. Había tenido la víspera una viva explicación con la Dirección y se sentía vacilar; su despedida era casi segura para después de la exposición. Hacía tiempo que su posición era poco firme: en el último inventario no había llegado á la cifra de venta presupuestada, y á esto se añadía la guerra sorda, el empuje de los apetitos que estaban por bajo de él. Sentía el trabajo de zapa de Favier, á quien habían prometido la plaza de primer jefe. Hutin, que conocía esto, en vez de despreocuparse le temía. Aquel hombre frío y mesurado de quien él se había servido para hacer saltar á Robineau y Bouthemont, le imponía respeto.

— Á propósito — dijo Favier — ya sabéis que se queda... Han visto al principal ablandarse... Yo apuesto una botella de Champagne.

Hablaba de Dionisia. En todos los mostradores pasaba lo mismo entre las oleadas de los compradores. En la sedería era mayor la emoción, porque allí se apostaban cosas caras.

— ¡Por vida!.. — dijo Hutin, como saliendo de un sueño; — ¡fui un tonto en no dormir con ella! ¡hoy estaría bien... pero bien!

Se avergonzó de haberlo dicho al ver venir á Favier y fingió sonreír también. Para justificar sus palabras, añadió que ella le había puesto mal con la Dirección. Sentía una irritación sorda y la emprendió con los dependientes que se asustaban ante el asalto de la gente, pero se calló y volvió á sonreír al ver á Enriqueta y la de Guibal que atravesaban lentamente la sección.

— ¿No necesitáis nada hoy, señora?

— No, gracias — contestó Enriqueta. — Me paseo; he venido sólo por curiosidad.

Hutin la detuvo y bajó la voz: tenía su plan. La aduló y dijo pestes de la casa: estaba ya harto y prefería ver de lejos el desastre. Ella escuchaba complacida, y creyendo robarle á *La Dicha*, le ofreció la plaza de primero en la sedería de *Las Cuatro Estaciones* cuando se abriese de nuevo. Cerraron el trato, cuchicheando mientras la de Guibal examinaba los escaparates.

— ¿Queréis aceptar uno de estos ramitos de violetas? — dijo Hutin en alta voz, enseñándola tres ó cuatro *bouquets* sobre una mesilla, y que él había llevado para sus amistades personales.

— ¡Oh, no! — contestó Enriqueta, retrocediendo. — No quiero ser de la boda...

Se comprendieron y se separaron sonriendo y cambiando miradas de inteligencia.

Enriqueta buscó á la de Guibal, y se sorprendió al verla con la señora de Marty. Ésta, con su hija Valentina, hacía dos horas recorría el almacén, presa del afán de gastar, como siempre. Había salido de la sección de muebles, convertida en habitación de soltera con mobiliario de laca blanca, pasando por las cintas y los *fichús*, la pasamanería y la mercería, en las que se veían ingeniosos trofeos hechos con cartones de botones y paquetes de agujas. Siguió por los tejidos de punto, en donde resplandecía el nombre de *La Dicha de las Damas*, hecho con calcetines blancos sobre fondo de calcetines rojos. Pero lo que más la atraía eran las secciones nuevas; no se inauguraba ninguna sin ella, y entraba y hasta compraba. Había pasado una hora en las modas, instaladas en un nuevo salón del primer piso, haciendo vaciar los armarios, y probándose y probando á su hija todos los sombreros. Luego bajó á la sección de zapatos, en donde revolvió los escaparates, presa de furiosos deseos ante las zapatillas guarnecidas de felpa y las botinas de satén blanco con tacón Luis XV.

— Amiga mía — balbuceaba — hay un surtido extraordinario de capotas; he tomado una para mí y otra para mi hija. ¿Pues y los calzados, Valentina?

— ¡Preciosos! — dijo ésta con entusiasmo de mujer. — ¡Hay botinas á veinte francos!

Un dependiente las seguía con la inevitable caja rebosando de géneros.

— ¿Cómo está Mr. Marty? — preguntó Enriqueta.

— No está peor — contestó la de Marty, turbada con aquella

pregunta que caía sobre su fiebre de despilfarro. — Sigue allá, y mi tío habrá ido á verle hoy...

Interrumpiéndose, rompió en esta exclamacion de éxtasis:

— ¡Divino!

Habian adelantado un poco, y estaban ante la nueva seccion de flores y plumas, instalada en la galería central, entre la seda y los guantes. Parecía una efflorescencia enorme bajo la viva luz de la marquesina; ramitos de rosas guarnecian la parte inferior; violetas, jacintos, margaritas, todo el delicado blanco de los arriates. Luégo estaban las rosas blancas de Mayo con tinte rosa, crisantemas blancas irisadas de amarillo, y más arriba las lises místicas, la flor del manzano, las olorosas lilas, todo hasta el primer piso; y allí penachos de pluma de avestruz que eran como el soplo de las flores de abajo. En un ángulo se veian casi exclusivamente flores de naranjo, y entre aquel bosque de hojas de seda y terciopelo salpicadas de gotas de goma semejanado rocío, volaban los pájaros para sombreros; pitirrojos purpurados y aves del paraíso.

— Compraré una rama de flor de manzano — dijo la de Marty; — ¿es preciso, eh? ¿Y este pajarito, Valentina? También me lo llevo.

La de Guibal se cansaba de estar de pié, y dijo:

— Os dejamos con vuestras compras; nosotras nos vamos arriba.

— Esperadme, yo también subo. Arriba está la perfumería y tengo que ir á ella.

Esta seccion, abierta la víspera, estaba junto al salon de lectura. Para evitarse las escaleras propuso Enriqueta que subiesen por el ascensor; pero habia que hacer cola. Llegaron al fin y pasaron por delante del *buffet*; era tal allí el gentío, que un inspector hacia pasar á los parroquianos glotonos por tandas. Desde el *buffet* se adivinaba la perfumería por el olor que llenaba la galería. Todas compraban una nueva especialidad de la casa el *Japon-Bonneur*. En los escaparates y sobre los mostradores se alineaban los botes de pomadas, los cosméticos, las cajas de polvos, los frasquitos de aceite y agua de Colonia. La cepillería fina y los peines tenían sitio aparte. Los dependientes habian puesto en los anaqueles sus tarros de porcelana blanca, los mejores. En el centro habia una fuente figurando una pastora sobre un ramo, con un surtidor que lanzaba agua de violetas, que al caer sonaba musi-

calmente en el tazón. Exhalaba exquisito perfume y las señoras mojaban en ella el pañuelo al pasar.

— ¡Oh! — dijo la de Marty cuando se proveyó de lociones, dentífricos y cosméticos — ¡ya soy vuestra! Vamos en busca de Mme. de Boves.

El género del Japon la detuvo aún en la meseta central. Esta seccion habia crecido desde que Mouret habia puesto, para probar, una mesilla con algunos objetos, sin prever un éxito tan grande. Pocas secciones tuvieron más modesto principio y al presente desbordaba en bronce antiguos, en objetos de marfil, en lacas. Hacía ya negocios por un millon quinientos mil francos y revolvia el extremo Oriente por medio de viajantes que rebuscaban para ella en los templos y los palacios. Las secciones crecian sin cesar, y en Diciembre se habian creado otras dos para compensar las pérdidas de mala época del invierno: una de libros y otra de juguetes, que amenazaban crecer y tragarse los comercios similares del barrio. En solos cuatro años la seccion del Japon habia acaparado la parroquia artística de París.

Á pesar de su ódio y su propósito de no comprar nada, Enriqueta cedió ante un marfil de una finura extraordinaria.

— Enviádmelo á una caja próxima — dijo rápidamente. — ¿Son ochenta francos, verdad?

Vió á la de Marty y su hija enredadas con la compra de unas porcelanas, y tomando el brazo á la de Guibal, dijo á aquéllas:

— Nos verémos en el salon de lectura... Necesito sentarme un poco.

Llegadas al salon de lectura, tuvieron que estarse de pié. Todas las sillas estaban ocupadas al rededor de la mesa de los periódicos. Los hombres ventrudos leian echados hácia atrás y ostentando sus panzas, sin ocurrirseles cederlas su sitio. Algunas mujeres escribian con la nariz sobre el pliego como para ocultarlo con las flores de los sombreros. La de Boves no estaba, y ya se impacientaba Enriqueta, cuando apercibió á Vallagnosc, que también buscaba á su mujer y á su suegra. Saludó y dijo:

— Estarán, de seguro, en los encajes; no hay quien las saque de allí. Voy á ver...

Tuvo la amabilidad de buscar dos sillas y se fué.

En los encajes, el gentío crecía de minuto en minuto. Allí triunfaba la exposicion de género blanco con sus más delicados tonos. Era como la tentacion más fuerte, á la que sucumbian todas las

mujeres. La seccion se habia convertido en blanca capilla. Los tules y guipures caian de lo alto, formando en el techo como jirones de nubes alumbradas por el sol de la mañana. Descendian por las columnas los volantes de Malinas y Valenciennes y las faldas blancas para bailarinas como una oleada blanca hasta el suelo. El color blanco seguia brillando por todas partes, con las blondas españolas ligeras como un suspiro, las aplicaciones de Brusélas con sus anchas flores sobre la trama ligera, el punto de aguja, el de Alenzon y los encajes de Bruges, de una magnificencia Real. Parecia aquello el tabernáculo del dios de los caprichos mujeriles.

La señora de Boves, despues de rodar largo rato con su hija ante las anaqueleras, y sintiendo el deseo de hundir las manos en los tejidos, se habia decidido porque Deloche la enseñase punto de Alenzon. El dependiente sacó imitacion, pero queria Alenzon verdadero. No se contentaba con guarniciones de á trescientos francos metro: queria volantes de á mil francos, pañuelos y abanicos á setecientos y ochocientos francos. Bien pronto hubo una fortuna sobre el mostrador. En un rincon de la seccion, el inspector Jouve, que no quitaba ojo de la de Boves á pesar de que ésta aparentaba sólo pasear, estaba inmóvil á pesar de los empujones, sin perderla de vista.

—¿Teneis *fichús* de punta de aguja?—preguntó la Condesa á Deloche.—Haced el favor de enseñármelos.

El dependiente, ocupado hacia ya veinte minutos, no supo negarse ante la voz y el gesto de princesa de la señora. Dudó, no obstante, un poco, porque se habia encargado á los dependientes que no amontonasen los encajes de precio. La semana anterior, se habia dejado robar diez metros de malinas. Pero la de Boves no turbaba y cedió, abandonando un instante el monton de punto de Alenzon, para tomar de una caja los *fichús* pedidos.

—Mira, mamá—decia Blanca hojeando en un muestrario de valenciennes baratas.—Podriamos tomar de esto para almohadas.

Su madre no respondió. Blanca se volvió y vió á su madre con las manos en los encajes, á punto de hacer desaparecer en la manga de su abrigo unos volantes de punto de Alenzon. La niña no se sorprendió y se puso instintivamente á su lado para tapparla, cuando se interpuso bruscamente Jouve entre ella, é inclinándose hácia la Condesa, la dijo muy cortésmente:

—Dignaos seguirme, señora.

Ella pareció resistirse.

—¿Para qué, caballero?

—Dignaos seguirme—repitió el inspector sin alzar la voz.

La Condesa miró angustiada en derredor suyo. Luégo se resignó, se irguió, y echó á andar junto á él como una reina que va con su gentil-hombre. Nadie se apercibió de la escena. Deloche, al volverse, se quedó lelo al ver que se la llevaban.... ¡Cómo! ¡ella también! ¡una dama noble! Blanca siguió á lo lejos á su madre, retardándose, livida, dudando entre seguirla y el temor de ser encerrada con ella. La vió entrar en el despacho de Bourdoncle y se quedó á la puerta.

Bourdoncle, de quien se habia separado Mouret, estaba allí. Segun práctica, él era quien sentenciaba en los hurtos hechos por gente distinguida. Hacia tiempo que Jouve le habia comunicado sus sospechas sobre la Condesa, y así pues, no se asombró cuando el inspector le puso al corriente de lo ocurrido. Pasaban casos como aquél todos los dias, y Bourdoncle creia á la mujer capaz de todo. Como sabia que entre la Condesa y Mouret mediaban relaciones sociales, se mostró atentísimo.

—Señora... nosotros perdonamos estas debilidades, pero os ruego considereis hasta dónde puede conducir tal olvido de vos misma. Si álguien os hubiese visto....

Pero ella le interrumpió indignada. ¡Cómo! la tomaban por una ladrona. ¡Era la Condesa de Boves, y su marido, inspector general de remontas, tenía entrada en la corte!

—Lo sé, señora—repetía suavemente Bourdoncle.—Ya tenía el honor de conoceros... Tened la bondad de devolver los encajes...

Ella volvió á indignarse sin dejarle hablar, hermosa aún en su enojo, y hasta dejando caer lágrimas de dama ultrajada. Otro que Bourdoncle se hubiera amilanado al oirla decir que acudiría á los tribunales para vengar semejante injuria.

—¡Tened cuidado, caballero! ¡Mi esposo irá á ver al ministro!

—Sois tan poco razonable como las demas—respondió Bourdoncle impaciente.—Habrà que registraros...

La Condesa no se intimidó y dijo con calma:

—¡Eso es... registradme! ¡Pero os aseguro que comprometeis la casa!

Jouve fué á buscar dos oficialas, y al volver dijo á Bourdoncle que Blanca estaba á la puerta, y que si se la debia detener aunque nada habia sustraído. Bourdoncle, en nombre de la moral,

decidió que no, para no obligar á la madre á que se avergonzase delante de su hija. Los dos hombres se retiraron mientras las oficiales despojaban hasta de su vestido á la Condesa para reconocer el corsé inclusive. Además de los doce metros de Alençon á mil francos ocultos en la manga, la encontraron en el cuello y pecho un pañuelo, un abanico, una corbata y encaje por valor de catorce mil francos. Hacía un año que robaba así, presa del irresistible deseo de poseer, que era en ella como una voluptuosidad necesaria á su existencia. Nada podía la reflexión, y por aquel áspero goce arriesgaba ante la gente su posición, su nombre y la situación de su marido. Ahora que éste la dejaba las llaves, ella robaba en sus bolsillos, por robar, como se ama por amar, bajo el latigazo del deseo, presa de la neurósís que el lujo había producido en ella, la vista de los grandes almacenes.

— ¡Esto es un lazo! — gritó cuando entraron Bourdoncle y Jouve. — ¡Juro que á alguien me ha puesto estos encajes!

Lloraba de rabia sobre una silla, sofocando el llanto con su traje mal arreglado. Bourdoncle despidió á las oficiales, y siguió tranquilamente:

— Queremos echar tierra á este asunto, por respetos á vuestra familia; pero es preciso que firméis un papel así concebido: «He robado encajes en *La Dicha de las Damas*», con el detalle del género y la fecha... Yo os devolveré este papel en cuanto me traigais dos mil francos para los pobres.

— ¡No firmaré eso jamás! — dijo ella levantándose y rebelándose de nuevo. — ¡Prefiero morir!

— No moriréis, pero os prevengo que enviaré á buscar al comisario de policía.

¡Qué escena siguió! La Condesa le llenó de injurias, gritando que era una cobardía atormentar así á una mujer. Su belleza de Juno y su cuerpo majestuoso, vibraban. Después ensayó el ruego y les suplicó en nombre de sus madres y habló de ponerse de rodillas. Los dos hombres no se movieron, y ella se sentó de golpe y escribió temblorosa. La pluma crujió rabiosamente al escribir: *He robado* y rasgóse el papel, mientras decía con voz entrecortada:

— ¡Cedo á la fuerza... á la fuerza!...

Bourdoncle tomó el papel, lo dobló con cuidado, lo guardó en una mesa, y dijo:

— Ya veis que no es el único. Todas esas señoras hablaron de

morir antes que firmar, y luego se olvidan de venir á recogerlas... Vos veréis si vuestra firma vale dos mil francos.

La Condesa acabó de arreglarse, y recobró su arrogancia una vez que había expiado su falta.

— ¿Puedo salir? — preguntó con tono breve.

Bourdoncle se ocupaba ya de otra cosa. Decidió se despidiese á Deloche, porque se dejaba robar y no tenía autoridad con las compradoras. La Condesa repitió su pregunta, y como ellos afirmasen con un gesto, los envolvió en una mirada que echaba chispas. En el flujo de palabrotas, surgió ésta, puramente de melodrama:

— ¡Miserables!

Y se fué dando un portazo.

Blanca no estaba lejos. No sabía lo que pasaba en el despacho; pero las idas y venidas de Jouve y la entrada de las oficiales la asustaron y pensó en los gendarmes y la cárcel. Se quedó fría al ver á Vallagnosc, marido de hacía un mes y cuyo tuteo aún la extrañaba. La preguntó qué ocurría al ver su estupor.

— ¿Y tu madre? ¿Os habeis perdido? Vamos, contesta.

No supo mentir, y murmuró:

— ¡Mamá... mamá, ha robado!...

— ¡Cómo! ¡Robado! — comprendió por fin.

El rostro lívido y aterrado de su mujer le asustó.

— Encajes... como éste... en la manga... — baluceó Blanca.

— ¡Tú lo has visto! ¡La mirabas tú! — dijo Pablo, aterrado de ver su complicidad.

Se callaron porque la gente volvía la cabeza. Vallagnosc dudó angustiado. ¿Qué hacer? Se decidió por ver á Bourdoncle, cuando apercibió á Mouret que atravesaba la galería. Dijo á su mujer que le esperase, y cogiendo del brazo á su amigo, le puso al corriente con frase entrecortada. Mouret le llevó á su despacho y le tranquilizó sobre las consecuencias del hecho. Se dijo que no era precisa su intervención, y le contó cómo se desarrollaría el asunto, sin parecer conmovido por el robo, como si le hubiese previsto. Pero cuando Vallagnosc no tuvo que temer una prisión, no juzgó la cosa con igual tranquilidad. Había caído sobre una butaca y rompió en amargas lamentaciones. ¡Era posible! ¿Conque había entrado en una familia de ladronas? ¡Matrimonio estúpido que había hecho por complacer al padre! Sorprendido Mouret de verle llorar, recordó su antiguo pesimismo. ¿No había sostenido veinte veces que la vida era nada y que sólo hallaba el mal en ella? Para

distraerle bromeó un rato sobre esto, pero Vallagnosc se enfadó y su educacion estalló en invectivas contra su suegra. Ahora que la experiencia iba entrando en él, y que la miseria humana le roía tan cerca, el escéptico fanfarron cedia y sangraba. Era abominable arrastrar así por el lodo el honor de su raza.

—Vamos, cálmate —dijo Mouret compasivo;—no te diré que todo llega porque no te consolara ahora, pero creo que debes ir á dar tu brazo á la señora de Boves, lo que es más cuerdo que dar un escándalo. ¡Qué diablo! Tú profesas un desprecio frio á la canallería humana.

—Sí —exclamó sencillamente Vallagnosc —pero es cuando la veo en los demas.

Se levantó y siguió el ejemplo de su antiguo condiscípulo. Volvieron á la galería cuando la Condesa salía del despacho de Bourdoncle. Aceptó majestuosamente el brazo de su yerno, y como Mouret la saludase galantemente, la oyó decir:

—Me han presentado sus excusas... Esas equívocaciones, espantan verdaderamente.

Blanca se fué tras de ellos, y á poco se perdieron entre la gente.

Mouret, solo y pensativo, atravesó nuevamente los almacenes. Esta escena, que le habia hecho olvidar sus luchas, aumentaba su fiebre, determinando en él, el combate supremo. Vago recuerdo llenaba su espíritu: el robo de aquella desgraciada, última conquista de la mujer vencida á sus piés, evocaba la imagen valiente y vengadora de Dionisia, cuyo pié victorioso sentía en su garganta. Se detuvo en lo alto de la escalera central, y miró á la inmensa nave, en que pululaba un mundo de mujeres.

Iban á dar las seis, y el crepúsculo de la tarde dejaba en sombra las galerías, ensombreciendo los patios lentamente. Las lámparas eléctricas se encendian una á una, y brillaban como astros en las profundidades de las secciones, con una luz que cegaba y reverberaba. Cuando brillaron todas, hubo un alegre murmullo en la multitud; la exposicion del género blanco parecia arder bajo aquella luz nueva, y ser luz á su vez. El reflejo rielaba sobre los calicots de la galería Monsigny, como la faja de luz en la alborada, mientras del lado de la calle Michodiére, la mercería, la pasamanería, los artículos de París, lanzaban como reflejos metálicos lejanos, procedentes de los botones de nácar y los broncees niquelados. La nota de luz se avivaba en la galería central, en los piqués blancos tendidos sobre las escaleras y las colchas que

flotaban como banderas, en los guipures y los encajes que surcaban el aire formando un cielo soñado, como el de un paraíso en que se celebrasen las bodas de la reina desconocida. La tienda de la seccion de sederías era la gigante alcoba nupcial, que con sus gasas y tules blancos, ocultaban la desnudez nivea de la desposada. Todo aquel color se fundia en el blanco deslumbrador de la luz, como polvo de estrellas nevando sobre aquella claridad.

Y Mouret seguía mirando aquel pueblo de mujeres bullir en tanta luz. Las sombras negras se destacaban fuertemente; se producian remolinos en el gentío, y la fiebre de la venta pasaba sobre la multitud que empezaba á salir del almacén. Seguía el saqueo de telas en los mostradores, y sonaba el oro en las cajas, mientras la clientela despojada, se iba con la voluptuosidad medio satisfecha. Él, Mouret, poseía el secreto que las retenía en su poder por su continuo surtido, por sus bajas en el precio, por sus devoluciones, su galantería y su reclamo. Habia conquistado hasta las madres, y reinaba sobre todas con la brutalidad de un déspota, cuyos caprichos arruinaban las casas. Su obra traía una religion nueva, y las iglesias que la fe, poco firme, dejaba desiertas, se reemplazaban con su bazar en las almas vacías. La mujer pasaba en su almacén las horas de ocio que ántes deslizaban en las capillas: gasto necesario de pasion nerviosa, lucha de un dios contra el marido, culto sin cesar renovado del cuerpo y de la belleza. Si hubiese cerrado sus puertas, hubiesen gritado en la calle las devotas, como si las privasen del altar y el confesonario. Veía el desfile á pesar de la hora deteniéndose aún bajo la enorme armazon metálica y á lo largo de las escaleras. Madame Marty y su hija vagabundeaban en lo alto, en la seccion de muebles. La de Bourdelais, con su tropa menuda, no podía separarse de los artículos de París. Despues iban los demas: Mme. de Boves, siempre del brazo de Vallagnosc y seguida de Blanca, deteniéndose en cada seccion, y con valor para mirar aún soberbiamente las telas. Pero entre la clientela apiñada, entre los cuerpos rebosantes de vida y deseo, llenos de violetas como en las bodas de una soberana, sólo distinguía el cuerpo de Mme. Desforges que se habia detenido con la de Guibal en los guantes. Á pesar de su ojeriza celosa, compraba también. Meuret sentía que una vez más, las tenía en su poder, como un rebaño que le hubiese labrado la fortuna.

Con paso maquinal siguió Mouret las galerías de tal modo ab-

sorto, que se dejaba llevar por la gente. Levantó la cabeza, y se vió en la nueva seccion de modas, cuyas vidrieras daban á la calle Dix-Décembre. Con la frente apoyada en el cristal, estuvo mirando la salida. El sol poniente doraba las fachadas de las casas, el cielo azul palidecia y como que se refrescaba con el puro hábito de la tarde, miéntras en el crepúsculo que invadía la calzada brillaban las lámparas eléctricas de *La Dicha* con el fulgor de las estrellas vespertinas. Hacia la Ópera y la Bolsa se veían silenciosas é inmóviles las tres filas de coches reunidas en la sombra, reflejándose en las guarniciones la luz de las linternas. De cuando en cuando sonaba la voz de un lacayo, salía un coche, tomaba una parroquiana, y se alejaba con ruido. La cola disminuía; ya avanzaban de frente seis carruajes entre el restallar de los látigos, el golpear de las portezuelas y las reclamaciones de los transeuntes que pululaban entre las ruedas. Parecía que allí aumentaba la concurrencia y llenaba los cuatro puntos cardinales, saliendo por las puertas del almacén con el ruido del agua por una compuerta. Las techumbres, las letras de oro de las muestras y las banderas de *La Dicha*, ardían en la viva lumbre que les prestaba el sol poniente, agigantándose en aquella luz oblicua, evocando al monstruo del reclamo, y recordaban al falansterio que devoraba sin cesar los barrios próximos y las lejanías de extramuros. Y el espíritu de París se dormía en aquel dulce aliento del anochecer, corriendo como una enorme caricia sobre los últimos coches y por la calle oscura que iba abandonando la multitud.

Mouret acababa de sentir, absorto, algo grande dentro de sí mismo. Aquel estremecimiento de triunfo de su carne frente al París devorado y la mujer conquistada, se anegó en una debilidad y falta de voluntad que parecía ponerle á su vez en manos de otro poder superior. Era lo que sentía como una necesidad irracional de ser vencido á pesar de su victoria, como la falta de sentido de un soldado conquistador cediendo ante un niño al día siguiente del triunfo. Él, que se resistía hacia algunos meses, que aquella mañana áun quería sofocar su pasión, cedía de golpe, presa del vértigo de las alturas, feliz por decidirse á hacer aquella tontería. Su resolución, que crecía de minuto en minuto, era tan enérgica, que Mouret creía que era poco ménos que indispensable.

Por la noche esperó en su despacho despues de comer. Temblaba como un jóven que juega su felicidad; no podía estarse quieto

é iba á la puerta escuchando los rumores del almacén, en donde la dependencia se ocupaba en poner órden. Á cada ruido de pasos latiale violentamente el corazón, y de pronto se estremeció porque habia sentido sordo y creciente murmullo.

Era Lhomme que se acercaba lentamente cargado con el ingreso de la venta. Era tan pesado aquel día, habia tanto cobre y tanta plata, que tuvo que pedir auxilio á dos mozos. Detras de él iban Pepé y otro mozo llevando acuestas sacos enormes, y él, delante, conducía el oro y los billetes, en una cartera que reventaba, y dos saquitos colgados del cuello, lo que le hacia inclinarse á la derecha sobre su brazo manco. Venía sudoroso y resoplando del fondo de las almacenes, causando profunda emocion en la dependencia. Los de los guantes y la seda se ofrecieron riendo á ayudarle, y en los paños y lencería hubieran agradecido un resbalon que sembrase oro por todos partes. Tuvo que subir una escalera, atravesar una pasadera, y pasar por la lencería, el género de punto y la mercería, que le miraban extasiados ante aquella fortuna que pasaba. En el primer piso se alineó devotamente la dependencia de la perfumería, los encajes y los chales como ante el paso de un dios, y la aclamacion crecía como el clamor de un pueblo adorador del becerro de oro.

Mouret abrió su puerta. Apareció Lhomme seguido de los mozos, y aunque sin aliento, áun tuvo fuerzas para gritar:

— ¡Un millon doscientos cuarenta y siete francos ochenta céntimos!

¡ Por fin ! ¡ Ya estaba allí el millon hecho en un dia, con el que tantas veces habia soñado Mouret ! Pero... hizo un gesto de disgusto, y dijo con la impaciencia del que recibe un importuno:

— Un millon... Bien; dejadlo ahí.

Lhomme sabia que le gustaba ver sobre su mesa las sumas grandes ántes de llevarlas á la caja central. El millon cubria la mesa, aplastaba los papeles, vertía la tinta. El oro, la plata y el cobre rompian los sacos y salían de ellos como el importe virgen de las ventas, caliente aún con el calor de las manos femeninas que lo habian dado.

Cuando el cajero se retiraba, amoscado por la indiferencia del principal, llegó Bourdoncle exclamando alegremente.

— ¡ Ya lo tenemos ! ¿ eh ? ¡ ya está aquí el millon !

Notó la preocupacion febril de Mouret, la comprendió y se calló. Brillaron de alegría sus ojos, y añadió despues de una corta pausa:

— Os habeis decidido, ¿verdad? ¡Bien hecho!

Mouret se puso bruscamente delante de él, y exclamó con su voz terrible de los días de crisis:

— Estais alegre, amigo mio... me creeis anulado, y se os alargan los dientes, ¿verdad? ¡No os fieis, porque soy difícil de mascar!

Bourdoncle, desconcertado por el ataque rudo de aquel diablo de hombre que todo lo adivinaba, balbuceó:

— ¡Cómo! ¿Os chanceais? ¡Yo, que tanto os admiro!

— ¡No mintais! — repuso Mouret con más violencia — Oid: es una superstición ridícula la vuestra sobre el matrimonio. ¡Es la fuerza, la salud y el orden necesarios para la vida! Pues bien: me caso, y os pongo á todos en la calle si murmurais... ¡Pasaréis á la caja como los demas, Bourdoncle!

Le despidió con un gesto. Bourdoncle se sintió condenado y arrollado por aquella victoria de la mujer, y se fué. Dionisia entraba en aquel momento, y la saludó.

— ¡Sois vos, por fin! — dijo Mouret con dulzura.

Dionisia estaba pálida y conmovida. Acababa de experimentar el último disgusto al saber la despedida de Deloche. Ella le prometió que hablaría en su favor, pero Deloche se obstinaba en irse. ¿Para qué quedarse y estorbar á las gentes felices? Dionisia se despidió de él con lágrimas en los ojos. ¿No aspiraba también á que la olvidasen? Todo iba á concluir, y sólo deseaba tener valor para la separación. Dentro de breves momentos, si era valiente, podría apretarse el corazón é irse á llorar sola y lejos...

— Deseabais verme, señor — dijo con su continente sosegado — pero yo hubiera venido de todos modos á daros gracias por todas vuestras bondades.

Al entrar vió el millon sobre la mesa, y aquella exhibición de dinero la mortificó. Sobre la mesa, y como contemplando la escena desde su marco dorado, sonreía el retrato de la señora Hédouin con sus labios pintados.

— ¿Estais resuelta á dejarnos? — preguntó Mouret con la voz temblona.

— Sí, señor... es necesario.

Entónces la cogió él las manos con explosión de ternura que fundió la frialdad que se había impuesto, y la dijo:

— ¿Y si yo os hiciese mi esposa... os iríais?

Ella retiró las manos y se estremeció como si sufriese.

— ¡Callaos, señor Mouret, os lo ruego! ¡No me hagais sufrir más! ¡No puedo, no puedo! ¡Dios es testigo de que me voy por evitar semejante desgracia!

Siguió defendiéndose con frase entrecortada... ¿No había sufrido las murmuraciones de la casa? ¿Quería que pasase á los ojos de todos por una intrigante? ¡No! Tendría valor para impedir que él hiciese tal tontería. Mouret la escuchaba apenado y repitiendo apasionadamente:

— Yo lo quiero... lo quiero...

— ¡Es imposible! ¿Y mis hermanos? He jurado no casarme... no puedo traerlos dos hijos...

— Serán mis hermanos... ¡Decidme que sí, Dionisia!

— ¡No, no! ¡Dejadme! ¡Me haceis sufrir!

Mouret se estrelló ante aquel obstáculo que le enloquecía. ¡Rehusaba aún á aquel precio! Á lo lejos sentía el rumor de sus tres mil empleados removiendo su régia fortuna. ¡Y aquel estúpido millon!.. De buen grado lo hubiera tirado á la calle.

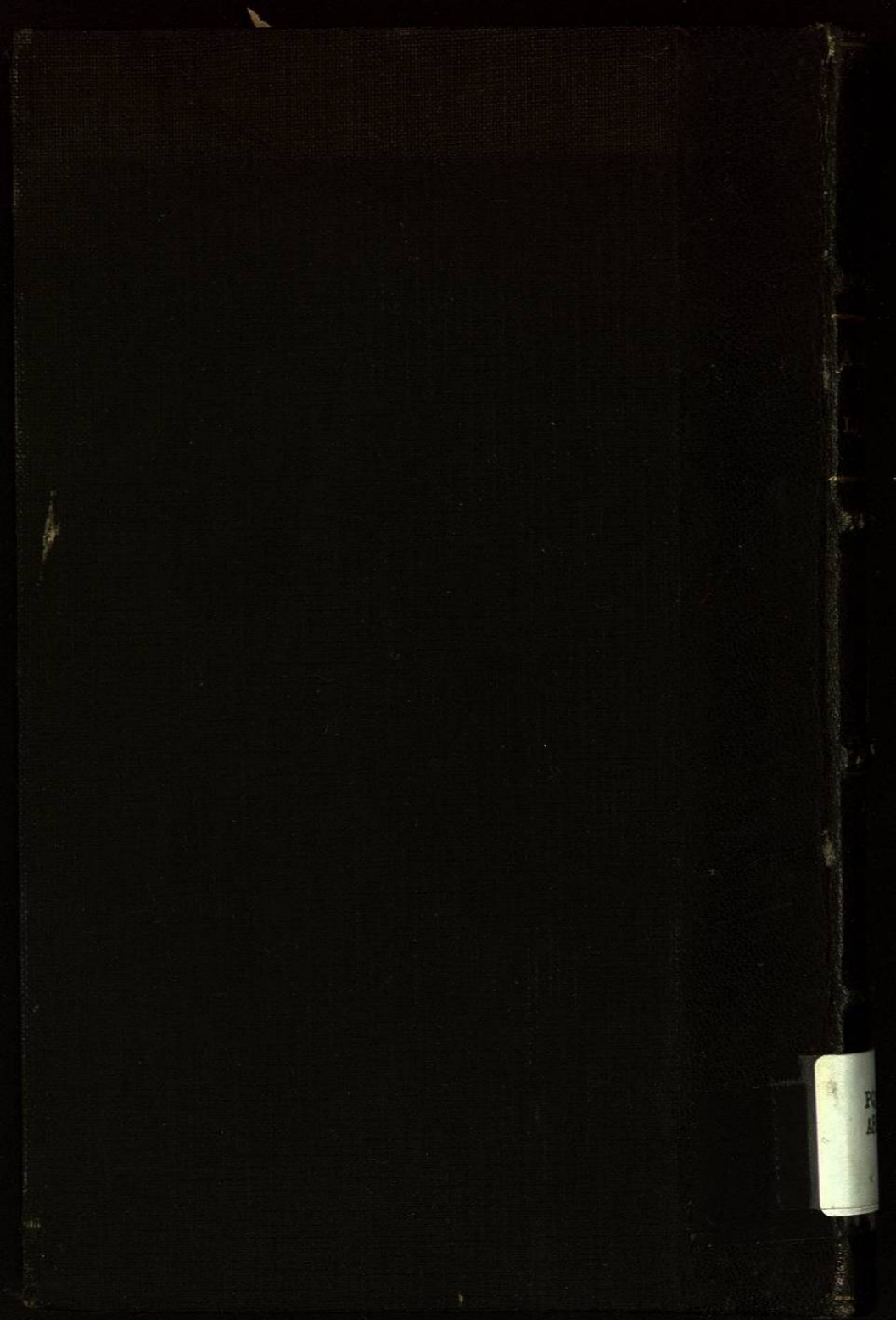
— ¡Idos, pues! — exclamó sollozando. — ¡Idos á buscar al que amais! Esta es vuestra razón, ¿verdad? Me lo habíais dicho, y yo debí recordarlo y no hacerlos sufrir...

Dionisia se aterroró ante aquella violenta desesperación. Estalló al fin su corazón, y con impetu de niña se arrojó al cuello de Mouret sollozando, y balbuceó:

— ¡Oh, señor Mouret! ¡Si es á vos á quien yo amo!

Rumor lejano subió de *La Dicha de las Damas*, como la aclamación de una muchedumbre. El retrato de la señora Hédouin seguía sonriendo. Mouret había caído sentado en la mesa, sobre el millon, que ni siquiera veía. No soltó á Dionisia; la apretó firmemente contra su pecho, y la dijo que ya podía irse, que pasase un mes en Valognes para cerrar la boca á todo el mundo, y que él iría en seguida á buscarla para llevarla á sus brazos, triunfante y victoriosa.

FIN.



P
A